FA 151.680

LA MADRE DEL BELLO AMOR,

14

SERMON

DE LA SANTISIMA VIRGEN

VENERADA EN LA INSIGNE VILLA DE REUS,

CON EL TITULO DE LA

MISERICORDIA,

QUE

EN SU MISMO TEMPLO DIA 11. DE MAYO DE 1788.

DIJO

EL M. R. P. Fr. JOSEF MUDARRA, DEL REAL, y Militár Orden de nuestra Señora de la Merced Redencion de Cautivos, Sócio de la Real Academia Latina Matritense, Presentado de número, y Comendador del Convento de la Ciudad de Tarragona.

SALE A LUZ A SOLICITUD Y EXPENSAS DE LOS DEVOTOS DE LA GRAN REYNA.

CON LICENCIA.

Tarragona: Por Magin Canals, y Boldú, Impresór.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

MADRE DE MISERICORDIA.

Ego Mater pulchrae dilectionis. Eccli. c. 24. V. 24.

Yo soi la Madre del amor hermoso. *El Eclesiástico cap. 24. Verso 24.*

VAyan enorabuena por esta vez, Ilustres y dichosisimos Devotos, vayan vuelvo à decir, por esta vez enhorabuena las declamaciones contra el vicio, y las invectivas contra los viciosos. En este dia de vuestros regocijos, dia de gratitud, de reconocimiento y de gracias, yo debo olvidar los tristes razonamientos, y tomandome parte en vuestros gozos, hablar en alabanza vuestra. La piedad que habeis heredado de vuestros Mayores, y con que habeis consagrado en las Aras de esa dulcisima Madre de Misericordia toda la ternura, y todos los afectos de vuestro corazon, es ciertamente acreedora à los mas encarecidos elogios. No vengo, señores, à adularos; ni Dios permita que yo

profane la santidad de este lugar con un vicio tan infame: vengo sí à confesar vuestra devocion, à publicar vuestra gratitud, à admirar vuestro reconocimiento, y à dar un público testimonio de vuestra felicidad; y si me fuera fácil hablaros con las expresiones correspondientes à las magnificas ideas, que hé concebido de vuestra fortuna, os aseguro, que jamás se me presentó igual ocasion para hablaros con lenguage mas eloquente. Pero no señores, vengo bien persuadido, que vuestra gloria será siempre superior à todos los artificios de la eloqüencia. Porque, ¿ quien podrá pintaros aquella honra inmortal, que se ha elevado sobre las mas altas ideas; y que volando sobre las alas de la fama ha hecho memorable vuestro nombre, y recomendable vuestro Pueblo? ¿No sois vosotros los que fuisteis dignos de formar un Pueblo escogido de Maria? ¿ No eres tu, gente venturosa (digámoslo de una vez, que la magnificencia del asunto me exime de prevenir con mas largo exordio vuestra atencion) no eres tu, el Pueblo, que eligió esa dulce Reyna de Misericordia para Benja-

min de sus cariños, y hacer en él magnifica ostentacion de su amor, de su bondad, de su clemencia y de sus finezas? ¿Pues que quereis que os diga, que sea digno de vuestra dichosa suerte à todas luces preciosa y embidiable?

Yo, señores, dejando desde luego à la admiracion y al silencio la verdadera ponderacion de vuestra felicidad, os ayudaré à celebrar vuestra fortuna; y fortuna verdadera hija de una providencia amorosa, que à expensas de mil prodigios os ha llevado à lo mas alto del honor; fortuna constante, que ha sido, y será siempre el fecundo origen de mil felicidades, siendo para vosotros estable, benéfica y generosa, bien lejos del caracter de aquella mentida fortuna, que inconstante y falsa en sus ofrecimientos eludió las esperanzas de aquellos infelices, que ciegamente la buscaban, creyendo encontrar en ella los bienes porque suspiraban. Como si ella fuese una Divinidad árbitra de los tesoros, de las honras y de los triunfos, logró en los siglos antiguos de la gentilidad numerosas turbas de adoradores. Todos ellos para inclinarla à su favor la lisongeaban con

súplicas, la adulaban con sacrificios, la tributaban inciensos, anhelando por mil modos su patrocinio, pintandola en las telas, gravandola en los mármoles, entallandola en los cedros, y usando de toda especie de obsequios para inclinarla amante à sus deseos. Error, señores, que únicamente pudo caber en unos hombres mas ciegos que la Diosa misma, que idolatraban? ¡Quantas veces acudieron à sus Aras à quejarse de sus engaños! ¡con quanto dolor gritaban, que había defraudado sus intenciones, y despreciado sus votos! ¡con que amargura se querellaban de que había cortado el hilo à sus designios, y se había hecho sorda à sus suspiros; al mismo tiempo que conducidos por sus lisongeras demostraciones esperaban de sus manos toda su felicidad! Justo desengaño por cierto y debido abandono à quien tan ciegamente coloca las esperanzas de su buena suerte. Ignoraban dijo el sabio Séneca, que la fortuna es de vidrio, y que *dum splendet frangitur.*

Pero esto mismo, señores, os empeña à conocer, con que ojos tan amorosos os ha mi-

rado el Cielo, mientras ha reservado para vosotros la gloria de establecer y eternizar en vuestra Patria la verdadera fortuna, sin que podais recelar de sus engaños, temer su pérdida, ò dudar de sus dignaciones. ¿Y que fortuna es esta, sino el haberos destinado con estrañas providencias à disfrutar toda la dulzura de la bondad de esa amable Virgen, inexausto origen de Misericordia, que hablando de si en los Proverbios dijo con magnificas palabras: *Meum est consilium, & aequitas*; ò como otros leen: *meum est consilium, & fortuna*? Yo, Ilustres Devotos, llamo aqui en testimonio de esta verdad à la misma contestacion de esa dulcisima Madre, que mirando con ojos benignos à vuestro Pueblo en el año mil quinientos noventa y dos, quiero decir, en aquel funestisimo tiempo, en que una cruel y devoradora peste lo desolaba por instantes, se dejó vér con rostro divinamente risueño de una humilde Pastorcilla, haciendole saber, que no pereceriais, ni el cruel azote se ensangrentaría mas contra vosotros, porque velaba en vuestra defensa su misericordia, teniendo su com-

placencia en protegeros; y que esta dignacion, verdaderamente asombrosa, la comunicase de su orden à aquellos hombres dichosos à quienes entonces se había confiado el gobierno de vuestro Pueblo, para que el mundo todo admirase su misericordia, y embidiase vuestra fortuna. (1) ¡Ha señores, quan grande y preciosa es vuestra felicidad! Sin duda no la conoció, ò no la pudo sufrir aquella maligna emulacion, è ignorante critica, que quiso disputaros, y aún privaros de este privilegio, afianzado nada ménos, que en la infalible promesa de la gran Madre de Dios, de este privilegio, cuya excelencia, diré, sin temor de que ningun otro Pueblo se dé por ofendido, fué capáz de elevaros à lo mas súblime del ho-

(1) Consta esta Aparicion de un Libro antiguo de memorias custodido en el Archivo de la Villa de Reus, en donde se lee, que la hermosa y magnifica Capilla en donde oi se venèra Maria Santisima con el título de la Misericordia, fué hecha inmediatamente despues de la Aparicion, en accion de gracias, y en memoria de tanto beneficio. Hé aqui sus palabras fielmente copiadas: *E mes fonch proposát per los Senyors de Juráts, dient, que vist lo flagell, que nostre Senyor há embiát, y la gran devoció, que aquest Poble té en la Candela de nostra Senyora; estaria bé fer una Capélla allá abont há aparegút nostra Senyora à la Fadrineta. Per tant Vms. determinarán lo feador, y se seguirá sa devoció. Fonch determinát per lo honrát Consell sens discreparse ningun, que se fasa dita Capélla abont nostra Senyora aparegué; que se cómpria la terra, que se haurá manastér.*

nor, de la felicidad, y de la gloria, tanto mas, quanto es mas cierto, que él es el verdadero origen de vuestras felicidades.

Pero vosotros bien lo conoceis. La felíz experiencia de tantos siglos; las ruidosas maravillas con que esa augusta Madre se ha empeñado en todos tiempos en vuestro consuelo; el reciente beneficio, que acabais de recibir de su misericordia, habiendo logrado por su medio el beneficio del agua en el gran conflicto que padeciais de la sequedad, os ha hecho entender el amor con que os ha elegido para Pueblo suyo, para lugar de su habitacion, y para trono perpetuo en donde estarán abiertos siempre sus ojos para ver vuestras necesidades, è inclinado su amoroso corazon à remediarlas. Y quando alguno dudase de esta verdad, yo me prometía triunfar de su incredulidad sin mas diligencia, que presentar à su vista la magnificencia de estos cultos, con que, penetrados de los sentimientos de la mas fina gratitud acreditais vuestro reconocimiento por el amor con que os mira, y por la benignidad con que os protege. Yo

le diría, que vuestra gratitud à los contínuos beneficios de esa dulcisima Patrona es tan recomendable como pudo ser la de aquel dichoso Pueblo de Israel, que sacado à fuerza de prodigios de la dura servidumbre de Egipto, se constituyó un dia solemne para acordar perpetuamente el beneficio, y rendir gracias al divino Libertador; que vosotros igualmente constituisteis este solemne dia para publicar los favores, que debeis à esa benigna Madre, y contestar al mundo vuestro agradecimiento con toda la generosidad y magnificencia propia de vuestro genio. Y si esta dulce proteccion que tan felizmente experimentais de su misericordia es el amoroso designio con que quiso ser adorada de vosotros en esa preciosisima Imagen, yo debo haceros vér en esta dignacion una nueva fortuna, cuyo magnifico caracter es ser para vosotros inmutable y amorosa. Para esto debo tambien conformarme con vuestros pensamientos, y manifestaros con quanta razon es, y llamais à esa purisima Virgen Madre de Misericordia; porque verdaderamente lo es para el mundo todo, primera reflexion: por-

que lo es con cierta particularidad para vosotros, segunda reflexîon. La primera os hará vér la felicidad del mundo asegurada por médio de Maria; la segunda os descubrirá vuestra embidiable fortuna, habiendoos distinguido siempre en sus favores. Una y otra os mostrarán, con quanta propiedad, Maria Santisima adorada de vosotros, y del mundo como Madre de Misericordia, es para el mundo, y con especialidad para vosotros LA MADRE DEL BELLO AMOR.

Quisiera, señores, por la primera vez, que tengo el honor de hablar en vuestro Pueblo, y de esa clementisima Madre, à quien con tanta ternura adorais, satisfacer cumplidamente vuestra espectacion, y presentaros una Oracion tan cumplida como vuestra devocion. Pero si mis conatos no corresponden à mis deseos, debereis por lo ménos agradecer la honra que me hago de serviros, y de consagrar mi pobre eloqüencia al desempeño de vuestra piedad, y al culto de esa adorada Reyna. Prestad vuestra docilidad, y oíd.

¿Pero como será posible, que yo ponga à clara luz la cópia inmensa de divinas influencias,

que de esa Madre de Misericordia, como del mas benigno Planeta, baja continuamente à felicitar al humano emisferio? Las santas Escrituras la compararon al Sol, para darnos de un golpe toda la idea de su clemencia; pero mirad señores, con quanta propiedad. Aquel hermoso y brillante Planeta, bien merece tantos elogios, quantos son los rayos que lo coronan. Haciendose à todos visible, yá en uno, yá en otro Signo, jamás dá un paso en su carrera, que no sea estampando en la naturaleza sus beneficios. Si con sus rayos, que son como sus ojos, mira à los prados los esmalta de yerbas y de flores; si mira à los montes los enriquece de preciosisimos metales; si mira à los bosques los corona de alegres plantas; si à los rios y à los mares, los fertiliza de margaritas y de corales: él en suma, con invisible solicitud acude à fomentar quanto se produce dentro y fuera de la tierra. ¿Y que parte hai en el vasto Universo, por abandonada que sea, que no disfrute los favores de este benéfico Astro? Dispensándolos indiferentemente à todos, desde el trono de sus luces, *non est qui se abscondat à ca-*

lore ejus, no hai quien pueda ocultarse à la actividad fecunda de su ardor. ¿Y que sería de la tierra, aún quando por pocos momentos se ausentáse el Sol de nuestro emisferio? el mundo quedaría sumergido en un abismo de obscuridad y de confusion; áridos los campos, marchitas las plantas, descoloridas las flores, secas las fuentes, y agonizando todos los elementos lloraría la tierra sin consuelo la ausencia de aquel benigno Planeta, que es su alma, su espíritu y su vida.

Esta Imagen, señores, aunque mui improporcionada, os conducirá à conocer de algun modo las contínuas dignaciones de esa Madre de Misericordia llamada de San Efren, Sol benéfico y brillante: En aquel hermoso Planeta descubrireis una Imagen, que os representa à Maria toda ocupada en felicitar al mundo, con una efusion perene de sus misericordias; de suerte, que en quanto es el dilatado imperio de las miserias; entre quantos infelices suspiran y lloran bajo el pesado yugo de las desgracias, *non est qui se abscondat à calore ejus*, no hai à quien no llegue el ardor de su caridad. ¿Y que hubiera sido de tí,

exclamaba el grande Arzobispo de Valencia Santo Thomás de Villanueva, que hubiera sido de tí desgraciado género humano, sino te hubiera auxîliado la misericordia de Maria ? Despojado algun tiempo de aquella hermosura y preciosidad de bienes, que te aseguraba tu primera condicion, te viste rodeado de tantos males, que no te permitian otro alivio, que el de las lagrimas, propio consuelo de los desdichados; la felicidad de tu primer estado convertida en una hereditaria infelicidad, hacía mas sensibles tus digracias; el precioso dominio sobre todas las criaturas trocado en una rebelion contínua y sangrienta, contribuyó à hacer tu suerte mas funesta; condenado à la infamia, al dolor, à la enfermedad y à la muerte; desterrado del Paraíso de las delicias; despojado del derecho à la gloria; privado de la justicia y de la inocencia; abandonado al mas fatal desamparo; y entregado, en fin, à las divinas venganzas lloraste algun dia, esclavo infelíz, bajo el peso enorme de mil infelicidades, y sufriste los golpes de una irritada justicia en médio de una tempestad, cuyo rigor parecía, que ja-

más habia de tener fin. En este funestisimo cahos de miserias te viste sumergido, y llorabas lagrimas inconsolables casi sin esperanza de remedio. Pero últimamente, compadecido el Cielo de sus calamidades hallaste la Misericordia. ¿Pero, en quien? ¿en quien, sino en esa purisima Virgen, colocada, como dijo San Bernardino de Sena, en en médio del Cielo, qual hermoso Iris de paz, que tranquilizó las tempestades, y te anuncio las divinas misericordias?

En los primeros tiempos del mundo dejó impreso el universal dilubio en el corazon de los hombres el terror mas espantoso. Si alguna vez veían cubrirse el Cielo de obscuras nubes, y que son señales de tempestad, amenazaba con sus antiguas inundaciones, ¡ha, que agitacion, que temor, y que estremecimiento no producía este funesto aparato en el espíritu de los hombres! Acordandose de sus pasadas desventuras, se miraban unos à otros con la palidéz sobre sus rostros, y con el alma palpitando sobre los labios, temorosos que bajasen impetuosamente las nubes à inundar nue-

vamente la tierra, que aún veía tristes despojos del primer espantoso dilubio. Pero si en medio de aquellas nubes mismas veían comparecer al bello Iris, y extenderse brillante à llenar una porcion del Cielo, ¡ò, y como acordandose tambien de las divinas promesas, deponian de improviso sus afanosos y melancolicos pensamientos, y desterrando de su corazon el espanto que los oprimía, sentian renacer en su seno la alegria, asegurados, que à pesar de las nuevas culpas, que habian de inundar la tierra, no sería otra vez sumergida en el dilubio! Duró por muchos siglos el mirar al hermoso Iris, como testimonio de la divina clemencia; y mas que à la hermosura de sus colores debía las bendiciones, con que lo saludaban los hombres à la infinita misericordia que les anunciaba: hasta que el Altísimo lleno de amor y de bondad, se dignó presentarnos en Maria otro Iris mas brillante y hermoso, como una prenda mucho mas cierta de nuestra seguridad, y como un testimonio incomparablemente mas seguro de nuestra

consolacion. Porque ella es, dice San Ambrosio, la que inclinada siempre à la tierra, y como abrazandola, como otro Iris, en señal de paz, la defiende de las tempestades: ella es, dice San Bernardino de Sena, el Arco de la eterna alianza y de las divinas protestas, que brilla entre las nubes del Cielo, *ne interficiatur omnis caro*, anunciando con voces de misericordia, que el género humano yá no sufrirá mas el estrago de las venganzas de Dios; ella es, dice San Bernardino, la que apareció sobre el humano emisferio, disipando las tempestades, restituyendo al Cielo las claras luces, y aquel hermoso semblante, que, como irritado contra los hombres, escondió à sus ojos para no ver la malignidad de la tierra; y lo que es mas, *dulcissimos imbres in terram effundens*, derramando sobre la tierra dulces y suavisimas rociadas del Cielo, que la fertilicen en médio de la funesta aridéz, à que, sin su misericordia, estaría eternamente abandonada.

No lo dudeis, decía el mismo Santo Thomás de Villanueva, el mundo sin Maria sería

un yerto cadaver; sin ella seríamos todos como una tierra seca y estéril, incapáz de dár fruto alguno; nuestro espíritu estaría cubierto de la mas funesta aridéz de bienes celestiales, y se hallaría en la misma triste situacion en que se vé la naturaleza, quando el Cielo hecho de bronce à sus lamentos le niega el agua saludable. ¡Ha, que aridéz en los campos, y que deliquios en los elementos! el aire arde en fogosos vapores; la tierra no pudiendo sufrir los cocientes rayos del Sol, que la abrasan, se abre en mil bocas para implorar la piedad del Cielo; enpobrecidas las fuentes de sus tesoros, apenas conserban aquella poca agua, que les basta para llorar su extremo desfallecimiento; los rios dejando en gran parte árido su lecho, caminan tan tristes y perezosos, que parece se averguenzan de llebar al vasto Occéano tan corto tributo; heridas las yerbas de una calma cruel, vienen à ser cadáveres del prado, y las flores olorosas agonizando con tanto ardor, doblan su cabeza sobre aquel árido suelo, à quien antes servian de adorno y

de corona. ¿Pero que? comparece en los aires una preñada nubecilla, que dilatandose poco à poco, se deshace en christalinas aguas à beneficio de la tierra. ¡O, y que pronto muda de semblante toda la naturaleza! los prados, los montes, las selvas, los rios, las fuentes, las flores reasumen bien presto las bellas dotes de su agonizante hermosura. Pues ahora señores, es bien cierto, que cada uno de nosotros puede decirle à esa Santisima Virgen con las palabras del Rey Profeta: *anima mea sicut terra sine aqua tibi*; porque sin ella ¿en que aridéz de bienes celestiales no nos hallaríamos todos los mortales? ¿quan llena y fecunda sería nuestra pobre alma, de la maleza del vicio, al mismo tiempo que sería incapáz de producir la bella flor de la virtud? y sino sucede asi ¿à quien lo debemos, sino à esa Madre del bello amor, que es aquella fecunda nube, simbolizada en la nube del famoso Elías, de donde nos llueben continuamente las misericordias del Cielo para fertilizar nuestro espíritu, y dar frutos de vida eterna?

Conozcámoslo, señores, y confesémoslo. ¡Quan orgulloso dominaría el vicio, quan abatida sería la virtud, y quan infelices nosotros sin la misericordia de esa dulce Madre! Si ella nos faltáse (dejadme dar libertad à uno de los afectos que no puedo contener dentro de mi corazon) si ella nos faltáse, no sé si contaría muchos habitadores la celestial Jerusalen: porque ella es la que con sus obligantes dulzuras dá nuevas fuerzas al partido de la virtud, destroza el proceso de nuestros delitos, abate al vicio, puebla al Cielo, y forma la Corte de Dios. Fulmina quanto quieras, ò penosísima eternidad, fulmina amenazas, è intima castigos; tu fuego y tus tormentos acobardarán y aterrarán à muchos, ¿pero, que sé yo, si serán capaces de mejorarlos? Armate de los mas lisongeros, y dulces atractivos, ò amable virtud: inspirarás al hombre deseos, aplausos, y alabanzas, ¿pero, que sé yo si podrás conquistar su corazon? A la gran Madre de la Misericordia está reservada la gloria de estos triunfos: al resonar este dulce nombre, ved sorprendidos todos

nueſtros penſamientos, aprifionados todos nueſtros afectos, y rendido à Dios el corazon del hombre ; porque al fin esta es la inclinacion y naturaleza del corazon humano, no dejarſe prender fino de quien lo alhaga, y no ſufrir el cautiverio, fino quando halla en él la dulzura y la libertad.

Yo, señores, entraría en un punto interminable, ſi quiſiera preſentáros aqui todas las brillantes pruebas, que de la miſericordia de eſta auguſta Reyna nos aprontan los ſantos Padres, que emplearon ſus ingenios y ſus plumas en alabarla y encarecerla. Pero por lo ménos no puedo, ni debo omitir las bellas reflexîones de San Anſelmo y San Ambroſio, que para animar nueſtra confianza, y enſalzar la indecible clemencia de nueſtra comun Madre, decian y clamaban con mil ternuras : Sabed mortales, que eſta puriſima Virgen es la que há dado al mundo un Dios Salvador, que lo libráſe de la culpa y de la muerte; ella há ſido la que qual divina Aurora franqueó al humano emiſferio aquel divino Sol, que debia deſter-

rar la obſcuridad del pecado, y animar en noſotros las eſperanzas nutribundas, ò yá muertas de la feliciſima eternidad; ella há ſido la que ſiempre atenta à nueſtra ſalvacion, no ſe opuſo, y aun ſe glorió de ofrecer à la Cruz à Jeſus dulce parto de ſus entrañas; y lo que es mas, y llegó à ſorprender al Cielo y à la tierra, ella miſma, ſi hubiera ſido del agrâdo de Dios, intrépida y magnánima, hubiera ſacrificado con ſus propias manos por la redencion del hombre, à aquel amable hijo, haſta hacerlo exhalar en el patibulo afrentoſo, el último aliento entre un dilubio de penas y de ſangre; ella miſma para dár la vida al hombre pecador, ſe la hubiera quitado à ſu hijo inocente. ¿Pues, que prodigio es eſte? que há de ſer, exclama San Ambraſio, es un milagro de miſericordia, una maravilla de clemencia, un raſgo de amor grande, eſtupendo, incomprehenſible, y que ſe eleva ſobre todas nueſtras ideas, que nos hace conocer, quantos otros favores podemos eſperar de una Madre, que por ſalvar al hombre, hubiera ſacrificado à ſu

miſmo hijo à los tormentos y à la muerte. Si yo quiſiera entrar aqui en el empeño de contarlas, no ſería éste un penſamiento mas acertado, como querer contar las eſtrellas del firmamento. Ellos ſon tantos, tan excelentes y tan continuos, que ſeguramente no erraremos, quando bueltos à eſa amabiliſima Madre, le digamos con las palabras del Rey Profeta: *multiplicaſti miſericordiam tuam*: En cada inſtante, Madre amoroſa, ſube aſombroſamente de punto vueſtra miſericordia.

¿Pero, que ménos podemos eſperar de una Madre, à quien para beneficio del hombre ſe le hán franqueado todos los teſoros del Cielo, y aun ſe le há concedido (dejadmelo decir aſi, porque es verdad) ſe le há concedido un cierto dominio ſobre aquel Dios humanado, que aún en la tierra le preſtó la mas humilde ſumiſion? Os parecerá, que yo hablo aqui con voces demaſiado audaces y caſi confinantes con la temeridad. ¿Imperio ſobre Dios? ¿Pues, quien es Dios, para que otro le imponga la ley, y dependa del arbitrio de ſu voluntad? Dios, que

con tres dedos ſoſtiene el globo inmenſo de la tierra; que con un ſolo aliento de ſu voz hace palpitar à toda la naturaleza; Dios, que con una palabra ſola ſabe traſtornar los elementos, y aniquilar à todo el univerſo; Dios, aquel Monarca ſúblime, que tiene por origen la eternidad, por Palacio la inmenſidad, por trono la inmutabilidad, y à quien rinden vaſallage los Principados del Cielo y de la tierra; Dios en fin grande, mageſtuoſo, incomprehenſible hace ſu gloria de ſugetarſe à Maria, de obedecerla, y de oír las voces con que manda y diſpone en el Cielo y en la tierra? Sí, señores, por mas que os parezca que yo hé hablado con expreſiones poco premeditadas, ſin embargo que os hablo con la doctrina de los Santos. Ella ſola, dice San Pedro Damiano, ſe llega al trono de Dios *non rogans, ſed imperans*, no rogando, ſino mandando: Ella ſola, dice San Metodio, *Deum ſibi ſubditum habet*, tiene à Dios en cierta manera ſúbdito: Ella ſola, dice San Anſelmo, diſpone à ſu arbitrio de todos los favores del Cielo, ſin que ſe pueda contradecir à ſu voluntad:

Ella ſola, dice S. Juan Damaſceno, tiene un incontraſtable derecho à todos los bienes de Dios: Ella ſola, dice el mismo Damaſceno, por un cierto punto de honor, de conveniencia, y aún de juſticia, es la heredera univerſal de todas las riquezas de la Omnipotencia: Ella ſola, dice S. Bernardino de Sena, es la que goza de un abſoluto dominio *à mari uſque ad mare*, deſde el mar de la gracia haſta el mar de la gloria. Pues ſi tanto puede Maria, y ſi quanto puede, tanto quiere à beneficio del mundo, creámos y confeſemos, que puede y quiere diſponer à favor nueſtro de los Erarios de la divina gracia, ſobre los que ſe le há dado una cierta juriſdiccion. Llámela, pues, el mundo Madre de Miſericordia, pues en ella tiene asegurada toda ſu felicidad: levante la voz y publique la clemencia de eſa Madre del bello amor, à quien debe ſu amor y ſu fortuna: enſalze ſu piedad, elogie ſu proteccion y bendiga mil veces ſu bondad.

Eſte, à la verdad, há ſido el noble motivo de aquel deſvelo, con que los hombres hán procurado ſiempre engrandecerla. Vemos con admi-

racion en las hiſtorias de la Igleſia, la glorioſa competencia, que hán ſeguido entre ſí todos los ſiglos para honrarla con las pruebas de la mas fina gratitud. En el vaſto mundo no hai poblacion tan inculta, ni ſoledad tan abandonada, que no ſe ſeñale altamente en conſagrarla algun tributo de amor, ò de obſequio, inſpirado por un juſto reconocimiento: por todas partes vemos ſus Imagenes pintadas en los lienzos, gravadas en los bronces, eſculpidas en los mármoles: à donde quiera que volbamos nueſtros ojos, vemos templos, altares y edificios conſagrados à la inmortalidad de ſu miſericordia y de ſu nombre: los montes deſentreñados de piedras, los mares empobrecidos de perlas, los prados deſpoblados de flores, hán contribuído con nuevos eſplendores à iluſtrar ſus templos, à ennoblecer ſus ſimulácros y à eſmaltar ſus coronas: los Padres, los Doctores y los Pontífices la hán elogiado áltamente con ſus lenguas y ſus plumas: los Principes y Monarcas mas auguſtos ſe hán gloriado de rendir humilde vaſallage à esta ínclita Reyna, à quien ſervir, aún como eſclavo, es, dice San Anſelmo, es una dig-

nidad régia: los Capitanes mas famoſos la hán adorado como árbitra soberana de las victorias y de los triunfos: como puerto de ſalvacion los navegantes: como guia de ſeguridad los paſageros: como aſilo de paz los miſerables: como tribunal de clemencia los pecadores: como fuente de ſalud los moribundos: Ella, en fin, conquiſtando à fuerza de beneficios el corazon y el amor de todas las criaturas ſe há mirado ſiempre como digna de las mas ſúblimes alabanzas de Dios, de los Angeles y de los hombres. Llámela, pues, buelvo à repetir, llámela el mundo todo, Madre del amor hermoſo, publíque, que ſu miſericordia la há hecho acreedora à eſte dulce título, que en ſu eſtimacion vale mas que todo el reſto de ſus glorias: pero llamadla tambien voſotros, pues, con cierta particularidad es para voſotros Madre de Miſericordia, ſiendo los mas privilegiados, y diſtinguidos de ſu amor, como os lo hará vér la

SEGUNDA REFLEXION.

Si yo, señores, me viera alguna vez en la horroroſa preciſion de formar un Panegírico à la excelencia de tantos privilegios, que enno-

blecen à vueſtro famoſo Pueblo, con oportuno conſejo olvidaría el eſplendor de tantos otros, que hán hecho reſpetable vueſtro nombre, y elegiría únicamente por obgeto de vueſtras alabanzas el decir y publicar, que voſotros ſois los que con cierta ſingularidad experimentais el dulce amor de esa comun Madre, mereciendole las finezas de una miſericordia, que con magníficos modos ſe há viſto ſiempre empeñada en vueſtra verdadera felicidad. ¿Y quando por la verdad, quando fueron tan verdaderamente protegidos aquellos pueblos gentiles, que decantaron las ſoñadas felicidades, que à manos llenas derramaba deſde ſu trono la falſa generoſidad de los Dioſes, que ciegamente adoraban, como lo es vueſtro Pueblo de esa gran Reyna de los Cielos pródiga, ſi es lícito decirlo aſi, de ſus cariños para voſotros? Se engañó Creta infelizmente, quando creyó ſer ſingularmente favorecida de ſu amado Jupiter, à quien ciegamente adoraba ſobre ſus Altares; deliró néciamente Troya creyendoſe mui diſtinguida en la proteccion de ſu querida Ve-

nus, cuyo mentido ſimulacro veneraba y poſeía: pero no ſe engañará la hermoſa, iluſtre y famoſa Reus, quando crea y quando diga, que há ſido elegida para ſer honrada y favorecida de la gran Reyna de los Cielos con particulares favores, mereciendo tener en eſa bella Imagen la poſeſion del mas inefable teſoro. Tendreis, pues, mucha razon para aduláros de vueſtra fortuna, y gritar à la frente de todos los demás pueblos con la expreſion del Real Profeta: *Non fecit taliter omni nationi*, con ningun otro pueblo há uſado Maria de tanta liberalidad y amor. Compareció en Roma la famoſa Eſtatua de la Dioſa Cibeles: ſorprendido el Senado à viſta de tanta fortuna, deliberó conſignarla à la fidelidad de uno de aquellos Iluſtres Perſonages, que formaban la auguſta Aſambléa. Cayó la ſuerte ſobre Scipion; y al verſe elegido contra toda eſperanza ſuya para una gloria, à la que aſpiraban à porfia todos ſus competidores, poſeído de un eſtraño júbilo, no acertaba à creer quanta había ſido ſu fortuna, llamandoſe el hombre mas dichoſo

del mundo, ſin mas razon que eſtar, y por poco tiempo, à la ſombra de una falſa Deidad, y haberle formado el trono dentro de ſu miſma caſa. Se engañó ſin duda. Ni fué fortuna, ni fué dicha haber ſido deſtinado à cuſtodiar una Dioſa, digna mas que de los reſpetos de Roma, de todos los deſprecios del mundo. Voſotros ſi, que ſois verdaderamente dichoſos, elegidos por el Cielo para vivir à la ſombra y bajo la proteccion de la miſma Madre de Dios, que quiſo fijar aqui el trono de ſus miſericordias, y el tribunal de ſus gracias para diſpenſarlas à todos con generoſa liberalidad. Seguramente no entiende los deſignios de tan amoroſa providencia, quien no la mire como un cierto pronoſtico de las dulces finezas, que habia de diſpenſáros deſde el inſtante miſmo, en que os declaró ſu amor, y que os diſpenſará mientras dure ſu miſericordia.

Voſotros, dijo un antiguo Filóſofo, voſotros veis al Sol como ſe paſea por el Cielo rico y abundante de bellas luces. ¿No os parece, que la pompa mageſtuoſa de los rayos,

que lo coronan, sea ella sola bastante para merecerle las adoraciones del mundo? Quando sus rayos no penetrasen las entrañas de la tierra para producir en ella los mas preciosos metales; quando la benignidad de sus influjos no enriqueciese los prados de yerbas, los montes de plantas, las selvas de flores; quando la virtud de su ardor no fomentáse el espíritu y la vida de todos los vivientes; ¿no bastaría para adorarlo el verlo hacer su brillante carrera del uno al otro emisferio? ¿*Non erit ipse Sol idoneum oculis spectaculum dignusque adorari, si tantum praeteriret*? Pues adelantemos mas este pensamiento. ¿Quanto mas digno sería de nuestra estimacion, y quanto mas acreedor à nuestra gratitud, quando à una sola parte bolviese su hermoso rostro y como olvidado de todas las demás, firme è inmoble en ella sola, hiciese magnifica ostentacion de sus influencias y de sus luces? Pues vosotros sois esta parte dichosa y afortunada del mundo: este Pueblo felíz está gozando de los influjos de aquel Sol hermoso, que nunca se ausentará de vuestro orizonte felicitando vuestro cielo, vuestra pátria, vuestra tierra

y vueſtro clima. Miradlo brillante en aquel trono: ſi os deſlumbran los rayos que deſpide, ſabed, que brillan principalmente para voſotros: ſi os admira el ardor que reſpira de ſu ſeno, ſabed, que lo mueſtra para inflamar vueſtro corazon: ſi os enamoran las gracias que diſpenſa, ſabed, que para voſotros ſólamente las franquéa. Yo, ſeñores, no dudaré deciros, que ſi en alguna parte ſe há complacido eſa dulciſima Madre en manifeſtar la plenitud de ſu miſericordia, há ſido ciertamente en eſta. En todo lugar ábre Maria los teſoros de ſu clemencia, porque, al fin, ella es la vida y eſperanza de los hombres; pero eſto ſuele ſer à ſus tiempos, y para decirlo aſi, con cierta economía; pero aqui, ni la dilatada ſérie de los tiempos, ni la variedad de las ſuertes, ni la multitud de pecados, hán podido contener aquella amoroſa proteccion, con que há corrido ſiempre en ſeguimiento vueſtro, como ſi no pudiera, diré con San Aguſtin, ſer feliz y bienaventurada ſin voſotros. ¿Porque, quien, ſeñores, quien podrá contar los prodigios, de que por tantos ſiglos ſois teſtigos? ¿Quantos enfermos hán recobrado por ſu inter-

ceſion la ſalud, y quantos moribundos la vida? ¿Quantos en medio de ſus mayores conflitos hán hallado el conſuelo en eſte Templo y en eſa Madre? ¿Quantos con un viſible prodigio ſe hán ſalvado de los eſcollos y peligros, en que ſeguramente iban à precipitarſe? Hán viſto vueſtros mayores deſvanecerſe la peſte, que en el año mil ſeiscientos cinquenta y dos, por ſegunda vez deſolaba vueſtro Pueblo, ſin mas diligencia, que implorar la miſericordia de vueſtra dulce Patrona: hán viſto librarſe vueſtros campos con un raro milagro de la horrible plaga de la langoſta en el año mil ſeiscientos ochenta y ſiete, acudiendo à ſu auguſta Protectora: voſotros miſmos habeis viſto quedar vueſtras tierras abundantemente regadas en el año mil ſetecientos ochenta y tres, en que afligidos con una larga ſequedad, iban à perecer vueſtras coſechas: ¿y eſte prodigio miſmo no acabais tambien de verlo? ¿no acabais de recibir, mediante ſu miſericordia, el beneficio del agua, porque tanto tiempo ſuſpirabais, con haber acudido à vueſtra amoroſa Madre, implorando ſu favor, y ſuplicando ſu clemencia? En ſuma, ſe-

ñores, no me empeñeis, à que os haga una individual relacion de las maravillas de vueſtra excelſa Patrona, porque eſto ſería meterme en un laberinto de donde no era fácil ſalir. Dejadme que os lo diga de una vez con las palabras miſmas del Rey Profeta: *non accedet ad te malum, & flagellum non appropinquavit tabernaculo tuo*: ninguno de quantos males comprende el tirano imperio de las miſerias, ſe acercará à voſotros; ninguno de quantos azotes empuña la divina irritada venganza, ſe llegará à vueſtras caſas, mientras eſteis à la ſombra de eſa Madre de Miſericordia. ¡Que bella gloria para voſotros, poder moſtrar al devoto peregrino en eſa auguſta Reyna el rico, è inexauſto teſoro de tantas finezas, que reſervó para voſotros! ¡que dulce placer, poder contarle tantos y tan ſeñalados prodigios, que há hecho con voſotros! Gocen, pues, enhorabuena los demás Pueblos del Chriſtianiſmo, las benignas influencias, que les franquéa eſa Madre amoroſa por un efecto del univerſal amor al género humano, que voſotros además de éſtas, gozais tambien otras mui particulares, reſervadas para

vosotros, à quienes mira como à su Pueblo amado, acreedor à toda la dulzura de su beneficencia. Ella estima con cierta especialidad vuestros obsequios; parece, que vuestras adoraciones le sean las mas agradables, pero tambien parece, que para vosotros reserve sus distinguidas finezas. Nuestras son, podeis decir, nuestras son todas las gracias de esa Madre amabilisima, nuestros sus favores, nuestra su misericordia.

Me sorprendo cada vez, que considero las estrañas demostraciones de aquella famosa muger Espartana, cuyo hijo despues de haber dado las pruebas del mas heroico valor, quedó muerto en la batalla coronado de mil victorias. Discurría ella por todas las calles de la Ciudad, llamándolo en álta voz por su propio nombre, no por efecto del dolor, sino por una cierta transportacion de júbilo. Al oír contar los prodigios de su valor, y viendo que aquel de quien se decian cosas tan grandes era su amado hijo, arrebatada de un ímpetu de alegria, interrumpía sin libertad los discursos, exclamando con toda el alma sobre sus labios: si no lo sabeis, señores, entended, que este

Héroe era el hijo de mis entrañas, el dulce peſo de eſte ſeno, el amable obgeto de mis penſamientos: *meus erat, meus erat ille filius.* ¿Pero, quando podrá compararſe la fortuna de eſta dichoſa muger con la que voſotros disfrutais, verdaderamente embidiable de todo el mundo? Nueſtra es, podeis gritar, aquella Madre, que há llenado de sí miſma à todo el univerſo; nueſtra es aquella Madre, que es el aſombro de los Cielos, admiracion de los hombres, y el terror del infierno; nueſtra es aquella Madre, que deſpues de Dios poſee el trono mas alto en lo mas ſúblime del Cielo; nueſtros ſus votos, nueſtras ſus grácias, nueſtros ſus favores, y nueſtra ſu miſericordia.

A viſta, pues, de tanta gloria, ¿que podré yo decir para concluír, ſino confeſar mi emulacion por vueſtra dicha, y daros mil parabienes por vueſtra fortuna? Disfruta enhorabuena, Pueblo felíz, disfruta las finezas de tu amoroſiſima Madre; goza enhorabuena ſus miſericordias; aplaude tu incomparable felicidad, y no temas gritar à la frente del mundo todo, que tu eres ſu Pueblo privilegiado y benemérito. Afianzados en tan cierta

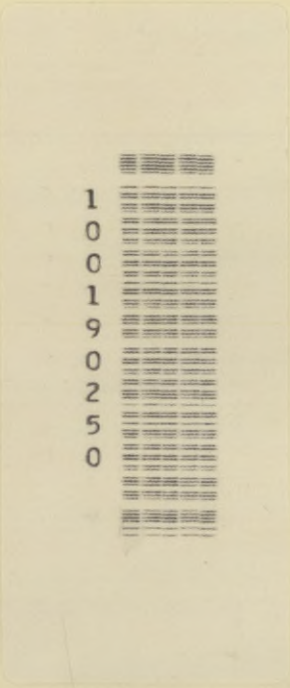
y poderosa proteccion, desafiad con satisfaccion à quantos males, calamidades y desgracias puede suscitar, ò el mundo, ò el abismo para afligiros, y decid: *si consistant adversum me castra, non timebit cor meum*: aunque todas las miserias se conjuren contra nosotros, no temerá nuestro corazon. Sí, dichosísimos Devotos, direis mui bien. Tendreis mucha razon para no temer, porque teneis una Madre de Misericordia, que os protege y os defiende, y no podrá sufrir ver oprimidos del dolor à unos hijos, que tanto ama. Podrá insultáros la enfermedad, la pobreza, la calumnia, la persecucion, y aún el pecado mismo; pero no temais, que asi como con ojos de Madre vé vuestros afanes, asi con entrañas y amor de Madre los siente en médio de su corazon, se compadece con ternura, y los auyentará con misericordia, sin que sea capáz de apartarla de este amoroso empeño, ni vuestra propia indignidad, ni la multitud de vuestros delitos. El amor de Madre le desfigura nuestras culpas, y no le deja vér, dijo divinamente S. Pedro Chrysologo, nuestros delitos: *Delicta non videt vis amoris*. Y aún quando los conozca y los vea, ¿podrá mi-

rar con insensibilidad, è indiferencia nuestras aflicciones? ¡Ha! que esto mismo pone en nuevos empeños à su misericordia. Este es, nos asegura el Espíritu sãto este es su oficio; y para decirlo así, su deber, hacer la defensa de los reos, amplificar los méritos, y escusar los delitos: *Lex clementae in lingua ejus.* Esta es la ley impuesta à su lengua defensora y à su corazon amante, hacer justicia haciendo gracias. Usando de su misericordia es favorable à nosotros, pero es justa à sí misma; sus finezas serán para nosotros favores, pero son leyes para ella. En este empeño, y si es lícito decirlo así, en esta obligacion la há puesto su gratitud. Porque, digámoslo todo, señores, ¿à quien, sino à nosotros pecadores, debe su excelencia, su grandeza y su poder? Con esta reflexîon daba libertad à sus afectos el devoto Guillermo Parisiense, y decía: ¿Vos, Señora, hubierais conseguido la excelsa Dignidad de Madre de Dios, si no os la hubiera conquistado nuestra propia indignidad? ¿seríais Vos tan felíz, si nosotros no fuéramos tan infelices? seríais tan poderosa, si nosotros no fuéramos tan débiles? ¿seríais tan hermosa, si no fuéramos

tan deformes? La inocencia original era bella, pero eſtéril: mas felíz fué la culpa, porque fué fecunda, y con un glorioſo aborto dió al mundo à un Redentor Jeſus, y à Vos amoroſa Corredentora. Pues ſi tan obligada eſtais à los pecadores, y tan deudora les ſois, pagadnos enhorabuena lo que nos debeis: *non ergo denegabis, quod debes.* Mirad, ſeñores, à que punto puede llegar vueſtra confianza en la piedad de eſa dulciſima Madre, y quan aſegurados podeis vivir de ſu miſericordia. Pero cuidado con no abuſar de ſu proteccion; cuidado con examinarle en la gratitud y reconocimiento, con que debeis correſponder à tanta clemencia. No pare vueſtra devocion en ruidoſas y eſtériles demoſtraciones. Vueſtro corazon, vueſtra voluntad y vueſtros afectos, es lo primero, que debeis ofrecerla en el magnífico aparato de vueſtros cultos, ſacrificando en ſus Aras todo vueſtro amor. Quando eſto no ſea aſi, os hareis juſtamente acreedores, à que retirando, à peſar de ſu amor, todas ſus miſericordias, caſtígue vueſtra ingratitud con aquella terrible reprehenſion: *eſte Pueblo me honra con ſus labios, pero ſu corazon eſtá mui lejos de mi.*

Pero no, amados mios, yo estoi bien asegurado, que si vosotros debeis à esa dulce Madre tantas y tan distinguidas finezas; ella tambien os debe el culto de una devocion, las mas fina y reverente; que si ella es y será para vosotros la Madre del bello amor, vosotros sois y sereis para ella los hijos del noble reconocimiento.

Pues, si esto es asi, Madre amabilisima nuestra, continuad vuestras misericordias; renovad vuestros prodigios; engrandeced vuestro nombre con nuevas maravillas. Bendecid à este dichoso Pueblo, que habeis elegido, y que veis ahora postrado à vuestros piés, adorandoos con tanta ternura y reverencia: bendecid à vuestros afortunados Devotos, que oi os tributan el justo omenage de estos magníficos cultos: bendecidme à mí el mas indigno de vuestros siervos, que yá no quiere mas honra, que haber publicado vuestras contínuas misericordias: bendecidnos à todos, para que logrando por vuestra intercesion la gracia en esta vida, merezcámos véros y gozáros en los eternos contentos de la gloria. Amen.


10019025 0

SERMON
Vario